

POR LOS CONFINES DE LA PENIBÉTICA

Por ALFONSO HERVIAS

Premio Meritorio del I Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Peciña»

La Cordillera Penibética, última de los cuatro ramales que se destacan hacia el Oeste de las vertientes occidentales del Sistema Ibérico, se compone de un cuerpo central, en el que se encuentran las alturas máximas de la Península Ibérica, que recibe el nombre de Sierra Nevada. Su longitud de O. a E. es de 150 kilómetros y su anchura oscila entre 15 y 30. Su cota más elevada es el Mulhacén (3.478 m.), contando con diferentes alturas que rebasan los 3.000 metros de altitud.

Considerada geológicamente, hállase constituida por grandes superficies de pizarra, aún cuando presenta ocasionalmente la caliza, cual son los Peñones de San Francisco.

Su vegetación es incomparable, ya que si en las alturas se ofrece la flora alpino-ártica, entre las que descuellan nuestras conocidas gencianas, sabinas, saxífragas, etc., sus regiones inferiores brindan una variedad maravillosa que llega hasta las plantas tropicales.

Si resulta un verdadero paraíso para el botánico, no lo es menos para los entomólogos, ya que en este aspecto no tienen rival en Europa sus variadas especies de mariposas.

En el aspecto montañoso, es la zona comprendida entre el Pico del Cuervo y el Cerro del Caballo, con sus alturas de más de 3.000 metros, la que presenta verdadero interés.

Realicé su recorrido los días 14 al 19 de Julio, según se desprende de la siguiente crónica:

Pico del Cuervo -3.144 m.-

Por el tranvía eléctrico, llamado vulgarmente de la Sierra, que tomo en Granada a las 7,30 horas de la mañana y tras atravesar los pueblos de Pinos, Guejar-Sierra, etc., tan interesantes como pintorescos, enclavados cabe el río Genil, descendiendo en Maitena (1.100 m.), final del recorrido a las 8,50 horas.

Desde este punto arranca el camino de mulos que cruzando la divisoria en el collado de Vacares, finaliza en el pueblo de Trevelez, ya en la vertiente meridional.

Son las 9 horas cuando inicio la marcha. Cruzando el Genil, corre el camino por su ribera derecha, sombreado por copudos castaños. Recreándome en la contemplación de esta cañada, marchó gozoso a paso moderado, ante la perspectiva de una excursión que habrá de brindarme recuerdos inolvidables. Poco después, toman contacto un grupo de muleros indígenas con los que camino charlando amigablemente. Mi mochila pasa a lomos de una caballería, lo que me permite marchar con mayor comodidad.

Sobre las 9,50 horas pasamos bajo el Hostal del Duque y diez minutos después alcanzamos un caserío levantado por la Sevillana de Electricidad. Un alto en el camino que aprovecho para festejar a mis acompañantes con un vaso de vino.

Seguimos. Dejando el río, trepamos ahora a media ladera, por bajo de la Dehesa de San Juan, alcanzando a las 11,30 horas el punto en que se inicia un nuevo camino, a la derecha del que llevamos, el cual, cruzando la divisoria sobre el Veleta, conduce al pueblo de Capileira, en la vertiente mediterránea.

A continuación, cruzamos el Genil (1.300 m.) e iniciamos la ascensión de la Cuesta de los Presidarios, resultando dura la marcha por su gran desnivel. Cerca de las 13 horas, alcanzamos la Loma del Calvario (1.900 m.) donde abandono a mis acompañantes.

Otra vez mochila al hombro. De ahora en adelante, pasarán muchas horas, quizá días, antes de que tope con persona alguna. Continúo remontando el camino, extasiándome en la contemplación de la formidable Cordillera Penibética, que rematan, allá en lo alto, los cortes vertiginosos de Mulhacén y Veleta.

En el lugar de Fuente Fria (2.700 m.) un manantial me proporciona agua para preparar una exquisita naranjada, que con el adi-

tamento de pasas y almendras constituyen mi comida de marcha.

La diafanidad de la atmósfera, el aire purísimo de la altura y un ligero airecillo serrano amainan la dureza de la trepada. Así, a las 15,45 horas, sobre los Prados de Vacares (2.800 m.), suspendo la marcha para la comida: Una porción de queso, jamón en dulce y un trozo de turrón constituyen mi yantar. Que repetido tres veces por jornada, será mi alimento diario.

En esta calma serena, el silencio se ve a veces turbado por los mugidos de una punta de toros bravos que pastan en los Prados e, igualmente, por los relinchos de los caballos salvajes que juguetean cabe la Chorrera de Vacares. Allá en el fondo, cerca de 1.500 m. más abajo, corren las aguan turbulentas del río Valdecasillas, nacido al pié del Mulhacén.

Burla, burlando, pasa una hora. La jornada es aún larga, por lo que apresuro la reanudación de la marcha. Ante mí, el enhiesto Puntal de Vacares y la cúpula del Pico del Cuervo, a caballo sobre la divisoria, forman el collado de Vacares (2.882 m.) sobre el que serpentea el camino que pasa ya a la vertiente mediterránea. Son las 16,45 horas. A mis pies, 200 m. más abajo, la laguna de Vacares, en la que resalta el brillo del hielo inmaculado que parece flotar sobre sus aguas azuladas.

Deseando alcanzar el Pico del Cuervo, camino en dirección O., y en 40 minutos me sitúo en su cima (3.152 m.). ¡Cuán bello resulta el espectáculo que se ofrece a mi vista! Enfilando la cara N. de estos colosos penibéticos, se aprecian sus vertiginosos acantilados, salpicados de neveros y lagunejos en un tono oscuro y frío, en tanto que sus cimas, doradas por el sol poniente, brillan esplendorosas. Unos minutos de contemplación y abandono la cumbre, puesto que el viento se ha tornado casi helado.

Pierdo altura rápidamente, ya en la vertiente meridional, bajando hasta el río Juntillas. Unos cortijos serranos, allá abajo, parecen ofrecerme su hospitalidad. Mas habiendo de descender mucho, decido pernoctar al aire libre. Quizá llegue hasta el Goterón. Continúo. Una senda bien dibujada a media altura de la cara S. de Vacares, me lleva fácilmente. Pero pronto desaparece, dejándome en situación asaz comprometida, ya

que al desplomarse sus paredes, da forma al Barranco de Valdeinfierno. ¡Y bien que le cuadra tal nombrecito!

Insisto aún. El sol desaparece dando paso a una noche espléndida, animada por la luna, que plena de luz refulge con inusitado fulgor en el terciopelo del cielo estival.

Ya es tiempo de dejarlo por hoy. Son las 9,35 de la noche. Así, cabe una pequeña cascada, encuentro una limitada terraza, de 3 metros escasos de fondo y allí levanto mi vivac. Una cena ligera, a tenor de la de mediodía. Extiendo el saco y a dormir.

La luna, en todo su esplendor, riela sobre las alborotadas y murmuradores aguas del torrente de Valdeinfierno. La cascada parece darle el contrapunto...

La Alcazaba -3.366 m.-

El graznido de un buitre que, extendidas sus alas enormes, planea sobre mi real, me despierta sobresaltado. Grito y agito el piolet, remontándose a las alturas. Son las 8,30 de la mañana. La jornada de hoy no será larga. Desayuno «standard»: jamón, queso y turrón, un chapuzón en la cascada y ¡a correr! Son las 9,30 horas, cuando arranco hacia mi objetivo de hoy: la conquista de La Alcazaba (3.366 m.), tercera altura de la Sierra.

El plano me facilita la situación: 2.600 m. de altitud. En principio, a deshacer el entuerto de ayer. Lo resuelvo mejor de lo que esperaba, ya que sin grandes dificultades y lo que es mejor, sin perder altura, tomo contacto con la Chorrera de Valdeinfierno.

Encuentro a un pastor almeriense que ha trepado por estas alturas en busca de una oveja extraviada. Se brinda a servirme de guía. Para alcanzar el Goterón, bajo La Alcazaba, me hace dar una vuelta innecesaria, que debo rectificar posteriormente. Para lograr el portillo de paso, he de emplearme a fondo, cruzando un par de extensos neveros, de fuerte inclinación, que resuelvo bien con ayuda del piolet. La roca suelta entorpece mi ascensión, pero una vez en el collado, la marcha hacia la cumbre no presenta mayores dificultades. Grandes lajas pizarras, salpicadas de pequeños neveros me conducen directamente a la cumbre. Son las 13 horas.

Esta prominencia, paralela y muy semejante a la de Mulhacén, constituye la tercera altura del Sistema, con 3.366 metros de altitud sobre el nivel del mar, y debe su nombre —según el gran penibetista F. Fernández—, a que «vistos desde lejos los contrafuertes, acantilados y canalizos de su formidable tajo, dan la imagen de una de esas alcazabas medio en ruinas, que conservan lienzos de muralla interrumpidos por torreones y coronados por almenas...».

Sus caras O. y S. están formadas por alargadas lomadas, en tanto que la N., que baja hasta el Genil y la E., que se desgaja al Goterón, presentan caídas vertiginosas.

Como sea que esta cumbre se halla rematada por tres pequeños crestones, voy remontándolos sucesivamente —orientación O. SO.— y conseguido el último, aparece a mi vista la Cañada de Siete Lagunas, hermoso paraje en que pernoctaré esta noche.

Saltando de lastra en lastra y dejándome llevar en ocasiones por inclinados canales de fina guija, alcanzo el verde praderío regado por mil arroyuelos que enlazan sus siete lagunejos. Supone una gozada caminar por tan mullido césped y así, son ya las 15,15 horas, cuando atravesada la Cañada —orientación S. O.— encuentro, en su punta extrema, el albergue natural que, a modo de dolmen gigantesco, me prestará cobijo (2.935 m.). Su interior se halla acondicionado con hierba seca, lo que me promete un sueño reparador. ¡Ah! Se me había olvidado comer. La ración de costumbre y a hartarme en la contemplación de este vallecillo escalonado y desigual, encajonado entre Mulhacén y La Alcazaba, con sus lagunas, restos de antiguos glaciares que remata el cresterío que enlaza ambas pétreas moles.

Un rebaño de ovejas prestan al paraje idílico sabor. Un par de pastores que me saludan extrañados de mis andanzas: cigarrillos y cháchara. La tarde cae lentamente...

Mulhacén -3.478 m.-

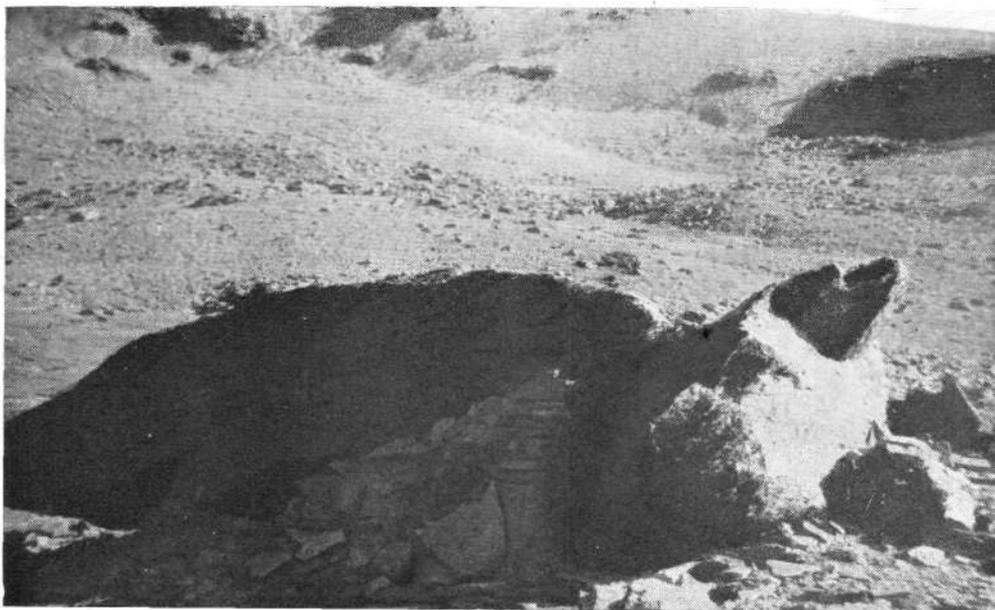
Son las 7,30 horas de la mañana cuando debidamente aseado y alimentado, mochila a cuestas inicio mi tercera jornada penibética. Mi objetivo lo constituye hoy la cumbre de Mulhacén, altura máxima de este macizo orográfico e, igualmente, de la Península Ibérica.

Como ya señalé, esta Cañada de Siete Lagunas, se halla formada por los flancos de los colosos monolíticos de Mulhacén y La Alcazaba, en sus caras E. y O., respectivamente. Dado que trato de alcanzar el primero, voy ascendiendo, por un caminito dibujado en la carrihueta por las ovejas, en dirección noroeste. Sin embargo, pronto desaparece la senda y como sea que, dada la diafanidad del día no cabe extravío por la niebla ni ofrece mayor peligro la marcha por la arista que mira a Siete Lagunas, voy recreándome en su contemplación, admirando en el escalonamiento de sus lagunejos, los arroyuelos que con su linfa plateada por el sol, enmarcados en verde praderío, van fluyendo hasta formar las Chorreras Negras, que dan origen al río Culo de Perro, para verter más tarde, después de saltar una y otra vez por agreste terreno, al río Trevelez. Un corte en diagonal para alzarme sobre el espinazo de la loma y a la vista de un hito de piedras superpuestas, de un metro de elevación aproximadamente, me considero en el itinerario clásico de ascenso al Mulhacén por su vertiente meridional.

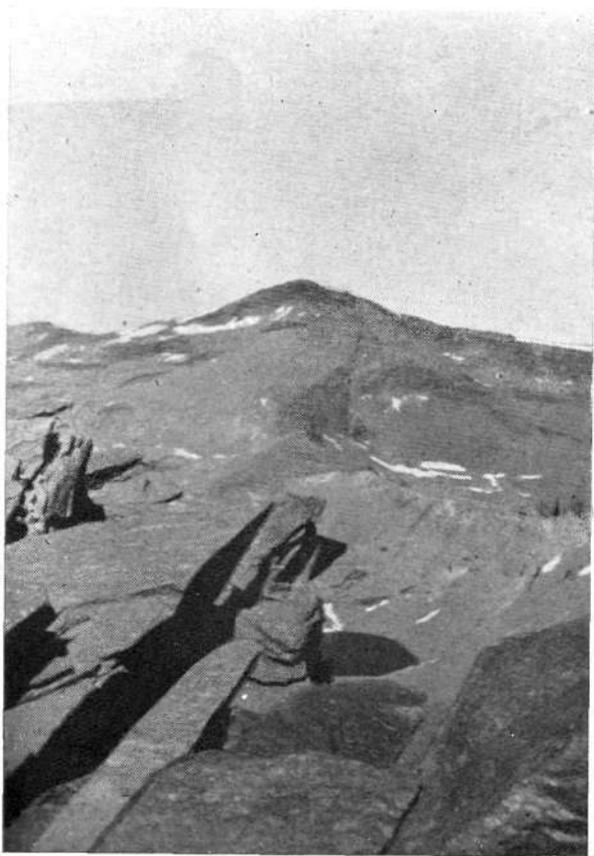
Sube el camino perezosamente, entre lastras de pizarra que cortan regularmente pequeños neveros, mas, por mi parte, dando un tajo de vez en cuando, arribo felizmente a la cumbre del Mulhacén —diez horas— que con sus 3.478 metros de altitud constituye la cota de mayor elevación de la Península Ibérica.

Alzase en su cima una hermita, semide-rruida, dedicada a la Virgen de las Nieves e, igualmente diversas chavolas, también muy maltratadas por el tiempo.

El panorama, abierto a los cuatro puntos cardinales, resulta de una grandiosidad esplendente. Así, puedo apreciar, cómo su vertiente septentrional ofrece profundos tajos, a cuyo pié se forman hondonadas que fueron en otro tiempo glaciares y que hoy son corrales que encierran en su seno lagunas alimentadas por las nieves de sus alturas máximas. Sus torrentes dan origen al río Genil, que desemboca en el Atlántico, después de engrosar el río Guadalquivir. Por lo que se refiere a su vertiente meridional, aparecen grandes lomadas en la que brilla la pizarra micácea, vertiendo sus aguas al Mediterráneo, a través del río Guadalfeo.



Albergue natural en la Cañada de Siete Lagunas.



*Vista del Picacho de Veleta
desde Mulhacén.
En primer término, la laguna
de La Caldera.*



*Vista de La Alcazaba;
en segundo término, el
Pico del Cuervo, desde
Mulhacén.*



*La Alcazaba desde los
Prados de Vacares.*

Con el mapa a la vista, voy controlando cuanto se abarca desde este ingente mirador: El arco formado por la Sierra, entre el Pico del Cuervo y Veleta, con sus crestones intermedios —Vacares, Caldera, Machos, etc.— salpicados de neveros y lagunas, con sus chorreras plateadas, ora corriendo, ora despeñándose por verdes praderíos y brillantes pizarras.

Toda la Alpujarra Alta, con sus minúsculos y blancos cortijos, la Sierra de la Contravesia y el Mar Mediterráneo, cerrando el horizonte, en su vertiente meridional.

En la atlántica, alzándose sobre la barranca formidable erosionada por los mil torrentes que forman el río Genil, la loma de Maitena, en principio y, al fondo, perdiéndose en la bruma, Peña Sagra, la Sierra de Baza, Sierra Mágina y Sierra Morena.

En estos momentos incomparables, perdida la noción del tiempo, sólo, único en esta inmensidad, alcanzo a sentir una vez más esa plenitud espiritual que tan solo se alcanza en estos parajes.

De repente, un pajarillo que vuela sobre mí, al batir sus débiles alas, más estrepitosas en este silencio augusto, me saca de mi ensimismado coloquio con la Naturaleza. El encanto se ha roto.

A correr nuevamente. Un adiós fervoroso.

Caminito abajo, descendiendo lentamente, aun embesado. Los hitos orientan mi marcha.

A las 11,30 horas encuentro un pluviómetro. Continúo. El camino se pierde de vez en cuando pero los mojones, colocados regularmente, facilitan la orientación. Sobre mediodía un aprisco solitario. Enlazo la loma de Tanlo.

Los cálidos rayos del astro diurno, de este ardiente sol andaluz que el airecillo serrano atenúa, hacen deliciosa la marcha. Alcanzó el Alto del Chorrillo.

¡Trevez bajo mi mirada! A vista de pájaro, naturalmente, ya que sepultado en el fondo de un angosto valle, álzase su caserío, en tres barriadas, perfectamente definidas, cerca de 1.300 metros más abajo. ¡Y tan abajo, Señor! El acentuado desnivel y aspereza del terreno hacen molesto el descenso. El camino gira y zigzaguea por las laderas. Un tajo, otro tajo y otro y otro. Así es mejor. Una construcción rústica: El chozo del Chorrillo.

Esto va tocando a su fin. Unos cortijos. Otra vez en la civilización. No de hoy, de hace siglos, de la época musulmana: un verdadero oasis, de verde lujuriente, surcado por múltiples acequias que bordean numerosos huertos, separados por higueras, castaños y otras variedades de árboles frutales.

¡Qué curioso es este pueblo de Trevez! Casi diría que merece la pena llegar hasta él para contemplar su caserío, ausente de tejas, rematado por azoteas y comunicándose entre ellas por puentecillos aéreos.

Sus tres barriadas, asentadas en una pina ladera, superponiéndose las casas a lo largo de una calle empedrada con lajas colocadas de canto, dan idea de otra época. De un tiempo lejano en que las mujeres velaban su rostro con albo velo y los hombres empuñaban la cimitarra.

Una fonda en el barrio inferior préstome acomodo, cuando las tres de la tarde eran señaladas en la esfera de bronce de un antiguo reloj de pesas.

¡Qué gente más atenta, qué fineza la suya! Si al acostarme no viera en las paredes cuadros de santos, podéis creer que hubiera avizorado por el balconaje, a través de cuyos cristales tamizaba la luna sus tímidos rayos, por si algunas odaliscas indiscretas, escapadas del harén del viejo Muley Haccem, entre cuchicheos y sonrisas, contemplaban al cristiano llegado de lejanos lugares.

Picacho de Veleta -3.392 m.-

Misa de siete en la derruida Iglesia del pueblo, a la intención de mis deventurados compañeros, que, precisamente, en este día, un año antes, encontraron la muerte en la cima helada del Mont-Blanc.

Mi itinerario de hoy es asaz ambicioso. Verémoslo a través de sus incidencias. De primera intención y, por concesión graciosa de la suerte, encontré a pesar de ser domingo, un camión maderero, que me trasladó, semisepultado entre gruesos troncos, hasta Pitre (1.276 m.), admirando en su trayecto la belleza incomparable de la Alpujarra Alta.

Tras cuarenta y cinco minutos de viaje, ya en este lugar, inicio la marcha con el fin de situarme en Capileira, otro pueblecillo alpujarreño, que por referencias, lo sabía extremadamente original.

Si bien puede llegarse por carretera, decido hacerlo por trochas y veredas. Así, por un camino paralelo a la Iglesia, asciendo hasta Capileirilla, a modo de amplio cortijo, tras media hora de marcha. Entonces y, tomando como orientación la tubería de una conducción de agua, alcanzo una carretera secundaria que me coloca sobre los pueblos de Capileira, Bubión y Pampaneira, escalonados a lo largo de la Barranca de Poqueira que atraviesa el río Naute, nacido al pié de Mulhacén.

Aun cuando he de perder bastante altura, descendiendo hasta Capileira —10,20 horas— cuya visita me entusiasma ya que, del estilo de Trevez, su presentación es limpia y agradable.

Ahora, debo recuperar, en principio, la altura perdida. Por un camino de mulos, alcanzo una acequia de hormigón —11 horas— paralela a la carretera, que corre por un plano superior y marchando por una senda anexa, cumplido mediodía, me asombra ver, encajadas en angosta cañada, una serie de construcciones, al estilo «oesteño», que según pude cerciorarme se ocupa en la construcción de un salto de agua.

Rebasado el campamento y sucesivamente la obra, abordo la ascensión, por fuerte repecho, de la Loma Puga, en la que un camino zigzaguea a través de espeso castañar, en el que decido tomar mi frugal comida.

Es la 1,30 horas cuando vuelvo a las andadas. Vericuetando por el camino, alcanzo una vía construída en plano inclinado, que pone en comunicación la estación terminal del funicular con el pié de presa. A fin de evitar su fuerte pendiente, continúo por el camino y pronto aparece a mi vista el airoso Picacho de Veleta.

Remontando la Loma Puga, continúo ascendiendo hasta encontrarme con un pastor, que se halla al pié de un crestón de tono ocre, quien me asegura la existencia de un magnífico albergue en los Prados del Sabinal, que forma la cuenca superior del río Veleta. Se trata, efectivamente, de una amplia construcción de piedra, pero pertenece a la Sevillana de Electricidad. Según me confesó después, al verme con una serie de aparatos extraños —prismáticos y máquina de retratar— me tomó por un técnico de la Empresa citada. Como sea que estaba cerrado, nada

pude observar de su disposición interior.

Por este lugar, de características parecidas a la Cañada de Siete Lagunas, pastan dos o tres rebaños de ovejas, a las que los pastores traen a mandamiento con certeros disparos de honda, no disponiendo, por el contrario, del útil perro de pastoreo.

Como sea que he perdido bastante altura al deambular por estos maravillosos e idílicos parajes, debo remontar un enorme tajo. Zigzagueando por la pina ladera, lo tomo flemáticamente. Una vez más en la buena senda. Que me lleva ya al pié del Veleta, a la bifurcación de aquélla, precisamente sobre la laguna que da origen al río de igual nombre. Por la derecha, el camino se orienta, en dirección E., a las Lagunas de Río Seco y por la izquierda, hacia el O., continúa, para salvando la divisoria, bajar, en principio, al Refugio Universitario y morir finalmente en el pueblo de Guejar-Sierra.

Heme ya en la divisoria, a caballo sobre las vertientes atlántico-mediterránea.

Paralelo a la arista, recreándome en la contemplación de los pueblos alpujarreños de Capileira, Bubión y Pampaneira, que doran los rayos suaves del sol poniente, trepo por las lajas pizarrosas, hasta conseguir la cumbre de Veleta (3.392 m.) a las ocho de la tarde.

Sólo en esta inmensidad, si en la cima de Mulhacén gozaba en la plenitud de mi ser, ahora, por el contrario, en esta cumbre, ante los tonos grisoscuros producidos por el ocaso del sol, mi espíritu sentíase inundado de un místico recogimiento, como si la desaparición del astro rey supusiera un final inmediato y caótico.

En el claroscuro del crepúsculo, en este paraje extraviado, en esta altura formidable, los pensamientos fluían en mi mente de forma incontenible, como un manantial de ideas que habrían de captarse en aquellos instantes de muda y religiosa contemplación.

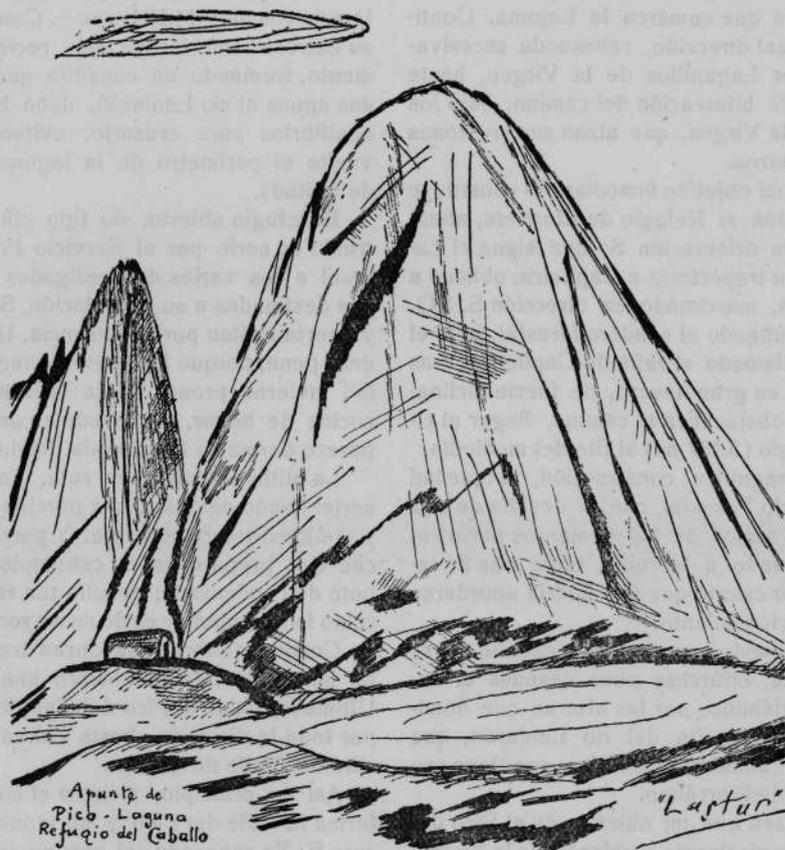
Por eso pienso que si esos poetas que loan la Naturaleza y esos músicos que la cantan y esos pintores que la reflejan en sus cuadros alcanzaran a situarse en estos parajes en que ella parece brindarse en esplendorosa y mística desnudez, conseguirían obras inmortales.

.....

A pesar de que la temperatura es benigna y el tiempo parece hermoso, observo efluvios de electricidad en la atmósfera y como sea que durante mi ascensión algunos relámpagos surcaron el cielo, decido, aun lamentándolo, descender al Refugio Universitario. Mi intención primera fué pernoctar en esta altura, con el fin de gozar del espectáculo sin par que supone contemplar la salida del sol desde este balconaje impresionante. Mas

lucen, en el recorrido final, sirvenme de guía (21,30 h.)

Trátase de una hermosa construcción, cabe la carretera (2.504 m.), abierto al público en general. Inmediato, hállase un refugio, antes de la Jefatura de Obras Públicas, que ahora usufructúa el Ejército. Más abajo, ya rebasados los Peñones de San Francisco, en el lugar denominado de «Las Sabinillas», álzase el albergue de Educación y Descanso.



Apuntes de
Pico - Laguna
Refugio del Caballo

anteponiendo la seguridad a tan excelso goce estético abandono la cumbre cuando ya las cimas de La Alcazaba y Mulhacén quedan cubiertas por la noche, en tanto que la vega granadina, en un glorioso ocaso, refleja aun los tonos dorados del sol poniente.

Saltando de lastra en lastra, bajo como un rebeco en dirección del Albergue Universitario —orientación N. O.— enlazando después con el senderillo que paralelo a la carretera me conduce hasta el Albergue, cuyas

En el amplio comedor, tomo la cena junto a unos entomólogos franceses. De seguido a dormir, pensando que mañana, con la travesía de la zona occidental, habrá concluido mi excursión.

Pico del Caballo -3.015 m.-

Son las nueve de la mañana —¡ay, se me pegaron las sábanas!— cuando ya en disposición de marcha, inicio el recorrido final.

Tomando, en principio, el camino de mulos —orientación S.— que conduce a Capileira y que ayer abandoné en la divisoria para lograr la cumbre de Veleta, me sitúo en la Laguna de las Yeguas (2.900 m.) a las 10,15 horas. Trátase de un enorme depósito natural de sesenta metros de ancho por casi el doble de largo que da nacimiento, por cierta bellísima cascada, al río Dilar, que vertirá sus aguas al Genil.

Un ligero descanso en la tupida alfombra de verdura que enmarca la Laguna. Continúo en igual dirección, rebasando sucesivamente Los Lagunillos de la Virgen, hasta alcanzar la bifurcación del camino, bajo los Tajos de la Virgen, que alzan sus crestones a 3.250 metros.

Como mi objetivo inmediato lo constituye la ascensión al Refugio de Elorrieta, abandonando la orientación S. que sigue el camino en su trayectoria a Capileira, oblicuo a la derecha, marchando en dirección S. SO. para remontando el sendero forestal, bajo el monolito llamado «Fraile de Capileira», tras atravesar un gran nevero, de fuerte inclinación, que obstaculiza el camino, llegar al citado refugio (3.157 m.) al filo del mediodía.

Una magnífica construcción, propiedad del Servicio Forestal, que la desidia de una parte y la acción de los elementos por otra, están llevando a la ruina, tanto más de lamentar por cuanto que aun podría abordarse su acondicionamiento.

Continuando brevemente, a caballo sobre la divisoria, bifúrcase poco después el camino, corriéndose por las alturas que dominan la cuenca alta del río Lanjarón, que afluirá su caudal al Guadalfeo, que lleva sus aguas al Mediterráneo.

Como sea que mi objetivo es el Pico del Caballo, contrafuerte occidental de la Sierra, sigo por la desviación derecha, perdiendo altura hasta descender a la Laguna de Dilar (2.977 m.), bajo los abruptos Torcales de su nombre, que da origen al citado río Lanjarón.

Por un puentecillo de rústica construcción, cruzo sus aguas turbulentas, trepando por el camino que va cobrando altura gradualmente, para correrse a media altura por el acantilado que rematan los agrestes Tajos Altos (3.000 m.)

Cuando me hallo a relativa distancia del Pico del Caballo —13,30 horas— el camino

aparece hundido precisamente en un punto totalmente desplomado, en una longitud de seis metros aproximadamente. Estudio con detenimiento la forma de salvarlo y crúzolo felizmente.

Continúo la marcha y pronto el camino pierde altura, descendiendo por unos tornos, hasta dar vista al Pico del Caballo, bajo el cual se aprecian la laguna y refugio de su nombre.

Un pequeño repecho y me presento en la laguna misma —14,20 horas—. Como sea que su extremo inferior ha sido recibido en cemento, formando un canalillo que despeña sus aguas al río Lanjarón, debo hacer unos equilibrios para cruzarlo, evitando así la vuelta al perímetro de la laguna (2.829 m. de altitud).

El refugio abierto, de tipo «túnel» construido en serie por el Servicio Forestal, es igual a los varios desperdigados en las zonas destinadas a su repoblación. Su ventana y puerta brillan por su ausencia. Una verdadera pena, porque las nieves e inclemencias del invierno pronto darán cuenta de él. La cocina de hogar, enclavada en un extremo, parece darme su bienvenida tímidamente.

La última comida en ruta. También de serie: jamón en dulce, una porción de queso y el último trozo de turrón. Y para beber leche que preparo en la cantimplora con un bote de condensada; resulta tan refrescante como la naranjada y es de un mayor alimento.

Comida y sobremesa duran tres cuartos de hora. Mochila al hombro una vez más. Última jornada: el Pico del Caballo y luego, por toda la divisoria, hasta Dúrcal, pueblecillo del Valle de Lecrín.

Así en principio, alcanzo el collado que forma la mole del Pico y un monolito de su cara E. Ya rebasado, el camino envuelve la base del mismo y tratando de evitar su rodeo, pues parece que su cúspide es sumamente quebrada por todas sus caras, lo ataco en un punto —S. SE.— que considero regularmente accesible. Un corredor de fina guija desemboca al pié de una chimenea, de asideros fáciles, pero al final, me veo en apuros por un paso en que la mochila me causa extorsión. Una vez más me acompaña la suerte. Mas, cuando me veo en la cara S., que es una loma suave y continuada ¡¡bueno...!! Son las 15,15 horas.

El Pico del Caballo (3.015 m.) es, como señalé ya, el puntal occidental extremo de la Cordillera Penibética, en su trayectoria que calificaremos de Alta Montaña, denominada Sierra Nevada. Su cima, rematada por un pluviómetro, es un colosal mirador que domina todo el Valle de Lecrín, cruzado por el Guadalfeo, en el que convergen diferentes ríos y arroyos que incrementan su caudal.

Una última mirada sobre el soberbio panorama: Al oeste, la vega de Granada con su caserío al fondo; al N., la lomada de Dornajo, por la que corre la carretera que une la Ciudad de los Cármenes con la segunda altura de la Península, en la que se destacan los Peñones de San Francisco, con sus refugios al pié. Hacia oriente, toda la divisoria hasta Veleta, que cierra el horizonte.

Con cierta nostalgia, inicio el descenso, tras unos días de libertad absoluta, hacia Dúrcal. Situado éste a 770 m. de altitud, he de perder en este último período de marcha 2.245 m. de altura.

Como sea que en mis lecturas he apreciado una continua alusión respecto a los contrastes que ofrece Sierra Nevada en sus diferentes altitudes, trataré de juzgarlo.

Aquí, a tres mil metros de altura, la Laguna del Caballo, alimentada por los perennes ventisqueros de su tajo, sepultados en canchales pizarrosos, entre cuyas grietas viven los líquenes de las zonas glaciares.

Desciendo, desciendo, desciendo. . .

A las 17,15 horas, alcanzo el lugar llamado de Fuente Fría, en el que se elevan los cortijos de «D. Celestino». Un pastorcillo pasta sus ovejas en unos hierbajos ruines.

A las 17,45 horas un nuevo cortijo, en el que se dan sembrados de maíz con jaros de robles y castaños.

Los ladridos de un feroz perro me anuncian la presencia de un nuevo cortijo —18,20 h.— en el que alternan los huertos de centeno y maíz, con bosquesillos de castaños, en tanto que unos cerezos silvestres prestan sombra al enjalbegado y limpio edificio.

Desciendo, desciendo, desciendo. . .

Unos tornos duramente trabajados en la abrupta loma, que casi cae a pico sobre el río Dúrcal. Voy dando tajos al camino en el que el olor del polvo espeso y penetrante es dominado a veces por el perfume inconfundible del tomillo y del romero.

Ya sobre el río, totalmente seco, un rústico cortijo, rodeado de manzanos e higueras, en el que un par de labriegos terminan de cargar un par de borricos.

Camino por el río, por un senderillo de fina guija, marcando un buen tren y así, a las 19,15 horas, alcanzo, en una estrecha cañada, un muro de mampostería para contención de las aguas de aluvión. Abandono el río seco, pasando, a la carretera, frente a una Central Eléctrica.

Me extasío ante la contemplación de un campo abierto, de dilatados contornos, sembrado de vides y olivos que alternan con almendros, moreras y alguna higuera chumba en enormes plantaciones de maíz y patatas.

La atmósfera caliginosa, tras un día de calor abrumador, me hace notar el brusco cambio de temperatura, ya que en cuatro horas he descendido exactamente 2.245 metros, lo que me ha permitido contemplar las maravillas naturales ofrecidas en este escalonamiento de mesetas, lomas y cerros que median entre el lujuriente Valle de Lecrín y la región alpina coronada de nieves eternas.

¡Dúrcal a la vista! Entre huertos y cortijos, estos reidores y luminosos cortijos andaluces, llego al pueblo, que levanta su caserío principal cabe la carretera que enlaza Granada con Almería.

Sentado en la terraza de un café, en espera del «Tranvía» que me conducirá a la capital granadina, me es dado apreciar la cordialidad y gracejo de los naturales de este Valle de Lecrín, así denominado por los moros, que significa, en buen castellano, Valle de la Alegría. Alegría, donaire y gracia que se observa en las caras sonrientes de sus paisanos, en el caserío immaculado de sus calles y plazas, en el cielo puro y hermoso que da vida y calor a esta Tierra de María Santísima.

Son las 20,30 horas cuando el tranvía arranca hacia Granada. La Sierra que se extiende paralela a la vía, me ofrece, cual reconocida a nuestra fraternal convivencia el espectáculo inolvidable de una terrorífica tormenta, en la que los relámpagos que se repiten incesantemente dibujan filigranas de fuego en el manto aterciopelado de una noche estival.